

## Una nini verdadera

Nunca he tenido que comer miedo para calmar el hambre, ni he buscado a mis hermanos en fosas infinitas para decirles adiós. No me levanto antes de que salga el sol, ni fundo mis costillas con la tierra en cada jornada. Tampoco he malparido a los dieciocho, ni he sido esclava de un hogar adornado con doce críos. No he amanecido sintiendo que había perdido los dedos de los pies, ni tampoco me han llovido garrotazos en la espalda durante mi niñez. Jamás me persiguieron los grises. Nunca llegué a cobrar un salario en pesetas. Tengo *Twitter*, *Facebook* e *Instagram*, y aprendo recetas de cocina en *Youtube*. Conservo todos mis dientes y uso pasta dentífrica blanqueante de manera regular, aunque no funcione. Por todo ello, dicen que no sé nada de la vida, que soy una afortunada. Y en parte tienen razón.

Mis padres consiguieron que sobreviviera al hartazgo educativo que arrolló sin piedad a mi generación. Lograron criar a una *millennial* trasnochada que se adaptó con facilidad al *iPhone* y que pudo acabar una carrera. Sin embargo, lo que no pudieron evitar es que cayera en la más absoluta desidia laboral: tener que recorrer despachos decadentes para ser preguntada una y otra vez por mis defectos y virtudes. Tener que sentir cómo docenas de ojos escrutadores me perseguían a diario y contemplaban sin piedad cómo mi dignidad iba desapareciendo poco a poco, hasta casi evaporarse. Descubrir que ni mi carrera ni mi expediente brillante iban a sacarme del fracaso en el que me estaba sumiendo. Y así, en ese proceso de desesperanza y deterioro personal progresivo, acabé siendo bautizada con el cruel sustantivo que define a los jóvenes ociosos de la sociedad tecnológicamente avanzada: *nini*. Dicen que formo parte de ese pack de activos humanos que lucha por no ser regalado al *banco malo*. Que ni estudio, ni trabajo. Que rozo la actitud parasitaria. Sin embargo, me veo en la obligación de refutar a las voces que me califican como tal.

Para poder ser una *nini* verdadera, no debería tener oficio ni beneficio, sin embargo, me temo que tengo un poco de los dos. Se supone que no estudio, pues hace ya tiempo que terminé mi carrera, pero sigo leyendo veinte libros al año para que mi mente no se impregne de la amargura que empapa las calles de esta ciudad en crisis. Se supone que tampoco trabajo, porque aparezco como figurante en las listas del paro y porque la precaria y nocturna tarea profesional que desempeño no puede considerarse como tal. Cierto es que lo que percibo como compensación por el servicio que presto escapa de las

garras de la agencia tributaria. Y también es verdad que mis quehaceres, que llevo en el más absoluto secretismo, son algo particulares. Y es que, cuando nadie me ve, me dedico a vender mis propios complejos, a traficar con pieles apestadas de problemas, a resucitar miradas pobres que se conforman con un puñado de besos de cartón. Reinvierto cada noche los créditos de mi carrera millonaria en encuentros tan tórridos como traicioneros. Abrazo lamentos cargados de desesperanza y pesimismo, consuelo lágrimas que brotaron del fracaso. Me desnudo con la vergüenza recurrente de verme reflejada en el espejo de la realidad. En ocasiones lloro. Otras veces, siento que realmente me gusta lo que hago, que incluso tengo la capacidad de entretener a las personas.

Y así, envuelta en tinta, borrones y adverbios, desgarró cada noche con mi pluma el disfraz de *nini* verdadera.